araucanía en 100 palabras

Los 100 mejores cuentos de la tercera versión del concurso

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS:
LOS 100 MEJORES CUENTOS
DE LA III VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Junio de 2022

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño de Portada | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite Castillo
Diagramación | www.triangulo.co / Josefa Méndez Amunátegui
Fotografía de Portada | Francisco Negroni - Imagen de Chile

Inscripción n° 2022-A-3984 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-50-7
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.araucaniaen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

araucanía en 100 palabras

Los 100 mejores cuentos de la tercera versión del concurso

CMPC
Y FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 9 de septiembre de 2022
en www.araucaniaen100palabras.cl

araucaníaen 100 palabras

El peso de la vida en pandemia, los duros inviernos en el campo, los deliciosos digüeñes, son algunos de los diversos temas presentes en este libro que reúne los cien mejores cuentos de la pasada edición de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS.

Los relatos que participan año a año en este concurso literario contribuyen a configurar la memoria de la Región de la Araucanía, de la mano de sus propios habitantes. Historias y experiencias que vuelven a cobrar vida a través de las palabras y que, en conjunto, alimentan el imaginario colectivo de la región.

Desde el 2019, junto a Fundación Plagio, hemos invitado a escribir a todos los habitantes de la región. Esperamos que cada año más personas se atrevan a hacerlo, porque creemos que todas las historias merecen ser contadas.

Los invitamos a leer estos cuentos, a inspirarse con ellos, a compartirlos con otros y a ser parte de esta nueva versión de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS.

EMPRESAS CMPC

Cuando comenzamos hace más de dos décadas con el proyecto EN 100 PALABRAS en Santiago jamás imaginamos que se convertiría en el fenómeno de participación que es hoy. El proyecto ya ha reunido más de un millón de cuentos y se realiza en los más diversos lugares de Chile y el mundo, como es el caso de Antofagasta, en el desierto de Atacama, Magallanes, en el extremo sur de Chile, Medellín, en Colombia, y Budapest, en Hungría. Nos llena de alegría celebrar con este libro el inicio de la cuarta edición del concurso en la Región de la Araucanía.

A través de los cuentos escritos por miles de personas cada año podemos ver los cambios que experimentan los lugares y quienes los habitan, desde las más distintas miradas y perspectivas. El relato coral que resulta de este conjunto de historias nos permite, aunque sea por un momento, ponernos en los pies de otros.

La invitación que hacemos es a escribir un cuento de hasta cien palabras, una invitación que convoca a todas y todos transversalmente, que busca en cada edición que más y más personas se sientan motivadas a escribir y compartir.

A través de estos cien cuentos festejamos la creatividad de quienes construyen palabra a palabra ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS.

FUNDACIÓN PLAGIO

Ojos de piñón

Salgo tarde de la facultad y los faroles están encendidos. Camino por la avenida con el paraguas, y la sombra que proyecto en la acera es larga y espigada. Miro los ciruelos tempranamente florecidos e inmediatamente me transporto a Japón. Me siento como esas chicas del animé, que caminan lenta y graciosamente bajo los cerezos en flor. Llego al paradero y agacho la cabeza. Mis botas están ahí, apenas a metro y medio de distancia. Me río y el reflejo de la poza me devuelve la sonrisa, una mirada oriental: mis rasgados ojos de piñón.

TANYA PERALTA, 35 años, Temuco.

Relevo

Mi papá trabajaba todos los fines semana turnos dobles como conductor en la línea 7. Como no pasaba mucho tiempo con él, yo lo acompañaba temprano en la primera vuelta de la micro por el centro de la ciudad. Dormitaba buena parte del trayecto, pero lograba estar atento por la ventana, escuchando las noticias de la Radio Bío Bío. Al llegar al terminal de Cajón, él me premiaba por ir de copiloto con un «relevo» de desayuno. Dos huevos fritos con bistec y un té con tres cucharadas de azúcar eran regalo suficiente por madrugar a los ocho años.

RICARDO OLAVE, 24 años, Temuco.

Sayén y el árbol hablador

Había una vez una niña mapuche llamada Sayén, que era hija del líder de los mapuches. Un día estaba ayudando a su madre y miró afuera para ver si su padre venía, y en vez de eso vio un árbol moviéndose, y el árbol le dijo: «Hola, yo me llamo Pedro, ¿y tú?». «Yo me llamo Sayén.» Y después se contaron chistes y jugaron hasta que Pedro maduró y nunca más se volvieron a ver. Sayén lloró y lloró hasta que escuchó una voz diciendo: «Siempre estaré contigo».

KRISHNA GARCÍA, 9 años, Loncoche.

El tué tué

Una noche el tué tué andaba gritando alrededor de mi casa. Echaron ají al fuego para que se fuera. «Mañana temprano vente a tomar un arinao», le gritó mi abuela. Después de eso ya no se le escuchó más gritar. «Menos mal se fue ese pájaro cochino», dijo mi abuela. A la mañana siguiente volvió el tué tué, pero no estaba en su forma de pájaro. Llegó buscando el arinao que le habían ofrecido.

YOSELYN QUILODRAN, 18 años, Perquenco.

La novela

Bárbara, tanto tiempo, ¿no? Me sorprendió gratamente verte caminar afuera de las ruinas del liceo. ¡Qué recuerdos! Éramos unos adolescentes enamorados. Quizá los más enamorados. Yo ya soy papá, estoy casado con la Violeta, del 4° B. No me juzgues, sé que nunca la pasaste. ¿Y tú?, ¿qué es de ti? Cuéntame. Sé que estás bien, porque cuando te vi lucías radiante, sonriente; tan bella y joven como la noche del incendio. A propósito, pronto terminaré la novela, vendré a narrártela… En fin, es tarde, me quedaría, pero en cinco cierran el cementerio y debo ir a escribir la última página.

MARTÍN LETELIER, 18 años, Temuco.

Rey del gallinero

Tenía ocho años y era una aventura alimentar a las gallinas. Primero tenía que atravesar la huerta llena de lugares donde no pisar; al abrir el portón me encontraba con los pavos, que esquivaba ágilmente; más allá me intimidaban los gansos con el serpenteo de sus cuellos y un siseo reptiliano; si tenían huevos o crías, embestían amenazantes. Al llegar y ver los puñados de trigo en el suelo, las gallinas y polluelos a mis pies, me sentía el rey del gallinero. Pero llegaba él, con paso determinado, elegante, cresta roja y pecho hinchado, a reclamar su trono.

GASTÓN SANDOVAL, 49 años, Padre Las Casas.

Juana

MENCIÓN HONROSA

Juana me decían y yo Juana me creía. Un día levanté la vista y ya ni las chalas me cabían. Tuve que aprender a cocinar (porque a pura tortilla no me criaría, como ella me decía) cazuela, pantrucas y charquicán. Incluso aprendí a coser, porque con la ropa con hoyos no surgiría. En la escuela me enseñaron a leer y a escribir, a sumar y a restar. Incluso a multiplicar y a dividir, aunque soñar era lo que me hacía sentir. ¡Anita! Así me despertaba la señorita, ese era mi nombre. Juana era mi abuela, pero yo Juana me creía.

FABIOLA RODRÍGUEZ, 38 años, Temuco.

Por acomedío

La micro a Curarrehue estaba repleta. Subió una chiquilla hermosa, le ofrecí mi asiento. Quedé afirmado en un pie, pero ella lo valía. Un lugareño en estado de ebriedad, que subió a la mala, le gritó: «Rosa, déjame sentarme, estoy enfermo». Ella, humillada, se paró cargando sus paquetes, mientras él lanzaba improperios. Ofrecí llevarle sus bultos; me los estaba pasando cuando sentí un mangazo en las quijás. «¿Le estai agarrando las cosas a mi mujer?» Subió un carabinero y me bajó de un ala, por acomedío.

NANCY RIQUELME, 68 años, Victoria.

Clases virtuales

8:25 a. m. ¡Que frío! «¡Buenos días, querides! ¿Mucho frío en sus casas? ¿Hicieron fueguito?», les pregunto a los alumnos mientras reviso la asistencia. Diego no está. ¿Estarás bien, Diego?, pienso mientras comienzo a contarles qué veremos hoy. Y no se conecta. Le envío un correo: «¿Todo bien, Diego?». Al rato me responde: «Perdón, profe, no puedo más. No me da. A mi mamá la echaron de la pega, estamos donde mi abuela y tengo que trabajar. De mi pega no me puedo conectar, trataré de volver a la U el otro año. Gracias, profe».

FABIOLA SALINAS, 35 años, Pucón.

Pepito, deja ya de correr

Pepito nació en un hogar disfuncional. Su padre era un alcohólico que golpeaba a su madre, una mujer con tendencia al suicidio. Un día unas personas llegaron a su hogar; Pepito fue rescatado junto con su hermana, una bebé de la cual fue separado. Se encontró rodeado de niños extraños. Le quitaron las zapatillas que con esfuerzo su madre le había regalado. Pepito sufrió, Pepito se sintió solo. «¡Pepito, vuelve, no corras!» Pepito tuvo miedo. Pepito probó la droga. Pepito comenzó a robar. Pepito se hizo mayor. Pepito fue a prisión. Pepito salió. Pepito mató. Pepito está prófugo.

CAMILA MORALES, 17 años, Temuco.

El monstruo de las tinieblas

Años atrás, en la cordillera, existía un animal muy extraño al que la gente le temía mucho porque solamente aparecía en las noches de niebla. Cuando aparecía, las gallinas se escondían en los gallineros porque siempre se las llevaba, hasta que las personas le hicieron una trampa. Se escondieron en el gallinero, llegó la noche, empezó a levantarse la niebla y apareció lo que la gente pensaba que era un animal raro, quizás un monstruo, pero no: era una persona que salía a robar gallinas.

VÍCTOR HERNÁNDEZ, 14 años, Cunco.

La magia del sur

El consultorio estaba lleno: ancianos, embarazadas, niños llorando. En la puerta, entumía, la ñaña Rosa vendía sus huevitos de campo. Todos se conocen en el pueblo. «Don Rosendo, ¿tiene flemas?» «¿Qué dijo, doctor?» «Que si tiene flemas», dijo el doctor, hablándole más fuerte, porque don Rosendo estaba un poco sordo. «¿Qué dijo, doctor?» «¡Si tiene flemas! ¡Pollos, don Rosendo! ¡Pollos!» «Ahhh nooo, doctorcito, con la helá del invierno se me murieron todos los pollitos, fíjese, pero chanchitos me quedan; como dos o tres nomás, eso sí. Tan duro que ha sido este invierno, doctor.»

MARCELA LEONELLÍ, 50 años, Temuco.

Por si yo lo olvido

Mi abuela contaba historias de mi bisabuelo, de su amor a Temuco. Yo nací cuando vivieron una pandemia, no sé bien qué es eso. Me cuentan que fue muy difícil; no podían juntarse, abrazarse, ni salir a pasear; estuvieron encerrados por meses. Qué terrible, pienso yo, no poder ver a tus seres queridos. Las familias morían sin siquiera poder despedirse. Yo tenía un año, así que no recuerdo nada. A veces siento que olvido a mi abuela, por eso le cuento sus historias a mi hijo, para que sepa qué pasó hace tantos años; por si yo lo olvido.

LILY VALDEBENITO, 56 años, Padre Las Casas.

El nawel

La brisa del campo golpeaba mi cara mientras con mi tata nos dirigíamos a buscar el rebaño de ovejas en el monte. Cuando las encontramos estaban todas amontonadas, como tratando de protegerse unas con otras de algún tipo de peligro. Escuchamos un rugido cerca de nosotros. Era el nawel, que se encontraba a un par de metros de nosotros, mirándonos fijamente. Yo estaba asombrada y a la vez asustada, ya que nunca había visto uno, y tampoco sabía qué hacer. Nos quedamos quietos esperando hasta que se fuera. Al irse, puedo jurar que nos hizo una reverencia, como despidiéndose.

GERALDINE LLAMUNAO, 16 años, Padre Las Casas.

Paseo en familia

Hoy fuimos con mi familia a Conguillío, lo pasé muy bien. Después, en el sendero, escuchamos un ¡toc toc! Miramos a los lados y había un pájaro carpintero. También vimos un árbol muy grande y le pregunté a mi mamá: «¿Por qué hay algo colgando en el árbol?». Mi mamá me respondió: «Lo que cuelga es un fruto llamado piñón». Después pregunté: «¿Y el árbol, ¿cómo se llama?». Y mi mamá me dijo que se llamaba araucaria. Observé su grandeza unos minutos.

EMILIA PACHECO, 8 años, Temuco.

Primer salto

Una nerviosa gotita de lluvia se preparaba para su primer salto. Mientras la nube sobrevolaba una desconocida tierra, ella solo rogaba no terminar aplastada por algún limpiaparabrisas; quería algo más. Pero antes de poder pensarlo bien, la nube se sacudió y la caída fue tan vertiginosa que la gotita pensó que se desvanecería en el aire. Justo antes de impactar en el suelo vio un gran árbol y se sintió tranquila, eso significaba que su vida aportaría más vida y volvería a repetir el salto. La gotita cayó en tierras araucanas para saciar los bosques y volver a las nubes.

LINDA CIFUENTES, 30 años, Temuco.

Pueblo chico

Tenía catorce años cuando me enamoré de mi compañera, ella me sonreía desde el asiento de atrás. Mi primer beso fue detrás de la cortina de la sala. Nunca pensé que iba a doler tanto cuando unos viejos nos tiraron piedras por darnos un beso mientras esperábamos el colectivo. Sabía que Collipulli era un pueblo chico, pero jamás pensé que a ese nivel. Todavía lloro al recordar eso y cuando otra compañera nos acusó con asco frente a nuestra profesora. Meses después esa misma compañera dio un discurso contra la homofobia en clases de Lenguaje.

FERNANDA LEÓN, 19 años, Collipulli.

Digüeñe

Empiezo a respirar el aire más cálido que aparece en el ocaso del invierno. Respiro y broto por las ramas en mis tonalidades blanco anaranjado. Siento voces, risas y pasos alegres cerca de mí, hay ambiente de fiesta. No sé por qué pero siento golpes de palos, una y otra vez, todo por hacerme caer. ¡Qué desdicha! Ahora me ahogo en un caldo de cilantro y limón.

ROSA NAVARRO, 30 años, Padre Las Casas.

El arco roto

Un día con Felipe, mi primo, y Eymily, mi hermana, se nos ocurrió jugar a la escondida y a la pelota. Yo conté y salí a pillar, pero un clavo rompió mi pantalón y además caí encima de caca de vaca. Felipe y Eymily se libraron. Cuando jugamos a la pelota, mi primo y mi hermana eran equipo, yo era solo. Iba ganando 7 a 2 y dije: «Último gol gana todo». Pateé con tanta fuerza que los palos del arco que estaba malo se derrumbaron y a Felipe casi lo dejé menso.

HERNÁN MELIPIL, 10 años, Freire.

Querido Molko

Hace unos inviernos no nos vemos. Quería que supieras que aún recuerdo tu aroma; siempre resaltó el eucalipto, pero eran las notas a calma las propias de ti. Nos prohíben vernos, pero te prometo que apenas estemos juntos, caminaremos hasta el lago pateando cada piedra frente a nosotros, y si el frío nos acompaña, entonces, ¿me abrazarás un poco más fuerte?, que no te quiero volver a extrañar.

GABRIELA ECHEVERRÍA, 29 años, Temuco.

Asalto a media noche

Era una noche muy oscura. Yo estaba casi dormido cuando escuché la puerta del gallinero abrirse. Las gallinas cacarearon y logré mirar por la ventana un perro enorme que agarraba una gallina con sus colmillos y escapaba. Pero el perro, antes de escapar, fue picoteado por las demás gallinas. Al día siguiente mi mamá me pidió que le llevara una gallina al vecino porque estaba pasando por una difícil situación económica. Cuál fue mi sorpresa cuando vi el cuerpo del vecino lleno de picotazos de gallina.

DIEGO GALLEGUILLOS, 12 años, Temuco.

El mejor trabajo del mundo

PRIMER LUGAR

Mientras cruzamos lentamente hacia playa Moncul miro al operario de la barcaza encerrado en la cabina. Una sonrisa cruza plácidamente su rostro moreno y curtido, una mano relajada y firme sobre la palanca, la mirada siempre al frente, tranquila y segura hacia un destino mil veces conocido. «Ese es el trabajo que necesito», pienso, mientras vuelvo mi mirada hacia las dunas que se acercan y escucho la proximidad de un mar esquivo por meses de encierro.

MARIO PARRA, 50 años, Temuco.

Adiós a Claudina

A sus noventa años, la abuelita Claudina se moría. Tenía cáncer. Era muy querida en Santa Rosa. Su gran pasión: tejer prendas de lana. No había familiar que no tuviera gorro, bufanda o chomba de ella. El día antes de morir, su habitación estaba llena. Descubrió a Luchito apesadumbrado en el umbral. Lo llamó. Se abrazaron emocionados. Ella murmuró que había empezado a tejer sus medias y que en cuanto mejorara, las terminaría. Sin duda Dios esbozará una sonrisa comprensiva, si ella de paso le propone tejer unas prendas de lana para sus ángeles.

AMÉRICO BASCOUR, 82 años, Temuco.

Punto de no retorno

Ella no sabe los años que tiene, pero son muchos. Conoció la nieve, el volcán Lonquimay, cuyas grietas y cicatrices se suavizaban cada invierno con un manto blanco, y, en los faldeos, araucarias milenarias que atraían los choroyes a sus cabezas de piñones. Supo del sol cuando era tibio, del agua cantando cordillera abajo por las quebradas, del aire puro como regalo y de la vida como don. Los jóvenes del pueblo la miran a través de sus máscaras, tan fantasmales como los esqueletos de las araucarias calcinadas y tan abatidos como el Lonquimay, cuyas heridas ya no puede ocultar.

MARIANNE BERG, 77 años, Victoria.

Viejo pillo

Me enredé en el último peldaño y fui a dar al suelo y a Emergencia. Resultado: una luxación en el brazo, susto y regaño de todos, además de un dolorcillo que me duró una semana. Como consecuencia agradable ya no lavo la loza, no barro ni realizo ningún trabajo. Me atienden, me ponen asiento, me miman. Veo tele y leo todo el día. Nadie me manda. Eso sí, no acepto que me ayuden en mis asuntos personales. Hace días que no siento dolores, pero no le digo a nadie. Mi nieto, sagaz, me dijo al oído: «Viejo pillo».

FLORENTINO MORALES, 85 años, Angol.

Araucanía en cien palabras

Sur. Viento. Olor a piñones. Campo. Verde. Muchas sensaciones. Lagos. Ríos. Tu risa en mi mirada. Soleado. Con frío. Templado en el alma. Carretas. Vacas. Perros en la calle. Gatos en la casa. Mi abuela con su manta. El humo en el cielo. La estufa siempre ardiendo. Recuerdos en mi pecho. Mi mente está al acecho. Carabineros en la plaza. Gritos en la garganta. Anhelos aún dormidos. Sueños aún en sábanas. Gente esforzada. Humanos en penurias. Personas en la calle. Amigos más que hermanos. Así es Temuco, así es mi mundo, así es mi gente. ¿Cien palabras? Nunca serán suficientes.

KEVIN RIQUELME, 29 años, Padre Las Casas.

El zapallo feliz

«Abuelo, ¿por qué vivimos en este lugar tan frío y húmedo? Preferiría vivir en la capital, donde realmente un zapallo es valorado.» «Zapallito, no digas eso. Si viviéramos en la capital, no terminaríamos en una sabrosa cazuela de gallina, sino amasados en una sopaipilla pasá de un carrito de calle. Recuerda que las sopaipillas de acá no llevan zapallo, pero tenemos el honor de dar color y vida al plato caliente y sabroso que preparan abuelas y madres, y que recibe sin discriminar al pobre y al rico. Por eso el zapallo de la Araucanía es más feliz.»

INGRID ALARCÓN, 40 años, Temuco.

Cuarto medio

Deberíamos estar planificando la fiesta de licenciatura, mandando a confeccionar nuestro vestido de gala, vistiendo nuestro polerón de cuarto medio, sacándonos la foto de curso en una plaza del centro, yendo a algún preuniversitario, si es que nos alcanza la plata. Pero no. Aquí estamos, mirando una pantalla de celular o computador, medio dormidos, mientras un profesor nos habla desde su casa, como si fuera el presentador de un programa de televisión, tratando de entusiasmarnos con bromas que ya le hemos escuchado mil veces, como un héroe que busca salvar lo que la pandemia nos robó: nuestro último año escolar.

YESSICA CHÁVEZ, 35 años, Temuco.

La cancha

Miguel y Daniel han sido amigos desde pequeños, desde que la pelota de Miguel cayó en el patio de Daniel. Hoy es el último encuentro en el que se enfrentarán, en la cancha que ha sido testigo de todos esos partidos de último gol gana todo. Este día es importante ya que no podrán seguir viviendo en el mismo pueblo: Daniel se va a vivir a la capital y Miguel se quedará en el pueblo para ayudar a su abuela. Hoy es el partido final, el que lo define todo.

FRANCISCO BELTRÁN, 29 años, Angol.

La mujer oveja

Eran las siete treinta de la mañana, cuando ella se levantó, salió a caminar y se encontró con una camioneta que llevaba muchísimas ovejas. Ella se asustó porque amaba a todos los animales pero en ese campo no había cómo cuidar que no se los robaran. Una tarde se disfrazó de oveja para estar entre ellas y cuidar que nadie se las robara. Justo esa noche llegaron unos hombres y trataron de llevarse tres, pero no pudieron, porque una de ellas les grito: «¡Lárguense!». Y nunca más volvieron. Ahora dicen que ella es una oveja más.

DAYAN BASTÍAS, 9 años, Lautaro.

El Tripas de Lata

Hijo de doña Celia, de pequeños ojos negros, brillantes como ventanas en su piel teñida por el humo. Fabricaba secadores de varillas de mimbre, que la gente pobre ponía encima de los braseros para secar su ropa. Callejeaba por horas con su mercadería en los hombros. Cuando alguien lo llamaba para comprarle, sus nervios le traicionaban y humildemente se paraba frente a la compradora sin decir nada. «¿Cuánto es, casero?» «Cien», contestaba, y su estómago vacío hacía un ruido estentóreo que le costó su sobrenombre: el Tripas de Lata.

NELSON VENEGAS, 76 años, Temuco.

Tornado

No he visto un tornado, pero después de año y medio encerrada me he dado cuenta de que eso no es nada comparado al remolino de mi hermano, un chiquitín de pelo rizado que a cada paso que da deja la pura embarrá.

ALELI ELGUETA, 7 años, Temuco.

La historia del árbol

Un día, Lautaro y Zahul iban caminando por un bosque, cuando de repente vieron un árbol tan pequeño que los dejó impresionados. El árbol estaba en el centro del bosque y a lo lejos los observaba una mujer. Cuando se dieron cuenta, decidieron seguirla para preguntarle la historia del árbol. La mujer les habló del hombre que se burló de los árboles por ser pequeños y que fue castigado por su maldad, quedando convertido en ese pequeño árbol, mientras los demás árboles crecieron a su alrededor.

JOSÉ ALFARO, 12 años, Toltén.

Viaje en aeroauto

Tomas un aeroauto Nube A17 con dirección a Pucón, a 9.800 pies de altura. En la ruta tendrás que hacer una escala y, como no hay paraderos en el cielo, volverás a colocar los pies en la tierra.

JORGE LUIS CHARTE, 31 años, Temuco.

Freud en el gallinero

De niño siempre temí que mi gallina favorita, quien tenía la costumbre de reposar en la madera, fuese confundida por mi padre. Temía que la confundiera con un leño y ella, con sus dotes actorales, siguiera el juego, y ocurriera una desgracia. Al pasar el tiempo me di cuenta de que no le tenía miedo ni a las gallinas ni a los leños, pero sí al vino y a mi padre.

RODRIGO VELÁSQUEZ, 26 años, Victoria.

El cóndor del Cañi

Ese día era difícil mantenerse de pie. La nieve impedía que bajáramos muy rápido, pero las araucarias, mudas testigos de tiempos ancestrales, nos ayudaban. Desde el mirador Melidekiñ, rumbo a la Laguna Negra, íbamos junto a mi hija, compañera de tantas aventuras. Cuando casi nos creíamos seguros, un gran cóndor andino nos sobrevoló, rozando las cabezas de piñones, planeando poderoso y vigilante de su santuario, mientras observaba atento nuestro lento y torpe andar. Me sentí su presa, inmóvil, sorprendido y subyugado al gran poder de la naturaleza.

RODOLFO ROGAZY, 57 años, Temuco.

La muni

«¿Acá se ve el tema del agua?», preguntaba doña María, mujer del campo que no estaba muy acostumbrada a venir a la ciudad, y menos a hacer trámites. Llevaba más de dos horas yendo de aquí para allá y nada. Había perdido la fe en conseguir algo cuando pasó una chica practicante, muy alegre y llena de energía, que al ver su rostro entre pena y rabia, le preguntó: «¿Señora, ¿qué necesita?». Ella solo atinó a mostrar un papelito que llevaba. La chica lo leyó y de forma casi instantánea le respondió: «¡Ah, esto es allí, yo la llevo!».

RONALD VERGARA, 47 años, Vilcún.

Humo

PREMIO AL TALENTO JOVEN

«¿Acaso estuviste fumando?», me pregunta mi mamá justo después de saludarla, con el aroma a las estufas impregnado en mis ropas. Y yo que solo caminé hasta mi casa y me traje el aire conmigo. ¿Acaso Temuco estuvo fumando?

JAVIERA IUBINI, 17 años, Temuco.

La carreta de cochayuyo

Al lado de la plaza, en la calle por donde pasan autos modernos, junto a bancos, grandes tiendas y empresas, aparece una visión inesperada, fascinante, que parece sacada de otro tiempo y otro sitio: una carreta con atados de cochayuyos claros color miel y oscuros, como la piel del hombre que la conduce. Los bueyes y la carreta acentúan el deseo de terrenos abiertos, de prados verdes, de cielos sin contaminación. Cargan el trabajo de meses y realizan un viaje de varios días. Será el sustento de la familia en invierno.

VALERIO GONZÁLEZ, 77 años, Temuco.

Dos kilos de vida

Aún en plena oscuridad, un hombre mayor se levanta para acudir al hospital de su localidad. Con una mochila de experiencia en la espalda, ahora es presa vulnerable de las enfermedades propias de la edad. Listo para iniciar el largo camino, mira su hogar, sus tierras, con la incertidumbre de si volverá o no. El sendero se torna dificultoso, pero no por el sendero, sino por sus fuerzas, que ahora han disminuido. Cuando se presenta en el Servicio de Urgencia y le preguntan el motivo de consulta, con una voz débil y sollozante responde: «Dos kilos de vida, por favor».

YANKO FELMER, 31 años, Loncoche.

El abrazo de la vela

El ígneo color de la vela fundido con el olor del mate y la leña de la cocina se condensaron en una orquesta meliflua que aturdió por completo mis sentidos. Las migajas de unas galletas se depositaron en el mantel mientras mi madre sacaba una carta con rapidez. Mi padre hablaba sobre el poste caído mientras revolvía el mazo. Mi hermana jugaba con la radio y mi hermano susurraba dulces discursos al gato en sus piernas. Pensé que aquello era la felicidad, y deseé egoístamente que por un momento la vela fuera eterna y preservara aquel improvisado juego por siempre.

VANESSA TORRES, 19 años, Temuco.

La casa embrujada

Había una vez una casa embrujada y misteriosa. A unos niños llamados Jack y Max les pareció muy interesante. Max dijo: «¿Si vamos a esa casa?». Jack contestó: «¡Sí!». Pero lo malo es que no sabían la ubicación, así que fueron a buscar en internet dónde estaba la casa y la encontraron. Fueron a la casa, entraron y por dentro se veía terrorífica. Luego se cerró la puerta y a Jack y Max les dio mucho miedo. Fueron a ver a la cocina y apareció un fantasma. Max y Jack corrieron y escaparon.

IGNACIA GUTIÉRREZ, 11 años, Temuco.

Cacería

Estaban durmiendo cuando de pronto sintieron a los perros ladrar. Las tejas del techo comenzaron a sonar muy fuerte. Asustados, con los ojos llenos de temor, abrieron un poco la puerta. Unos segundos después localizaron al responsable de aquel ruido. Arriba del techo de la bodega, se encontraba el puma, cazando unos pavos que estaban durmiendo en las ramas de un ulmo. Los perros no fueron capaces de detenerlo, y ellos, menos. Solo les quedó observar cómo el puma se llevaba a sus aves.

NATALI SARAVIA, 19 años, Nueva Imperial.

El romance del pillan

Como un viejo que fuma, con actitud de arriero, poncho blanco, sombrero ceniza cada vez que avisa la lluvia, su cabeza arde pensando en los problemas del mundo y aun así parece sereno, sobrepensando lo que ya no se resolvió. Ella, serena, va y viene con el viento, y lo mira desde lejos como algo inalcanzable. En su distancia parece que se aman, que se acompañan. Cuerpo de agua celeste, lago que tienes piel de luna, volcán como hombre de campo, sabio y terco. Parecen juntos en la distancia, pero no los alcanza ni un beso.

MARÍA JOSÉ REYES, 37 años, Villarrica.

Mar, sudor y lágrimas

MENCIÓN HONROSA

Con menguante y neopreno de segunda mano se lanzó al mar y temerariamente cortó el kollof. Desde un peñasco, Marcelina observaba a papá con devoción. En venideros tres meses, padre, madre e hija trabajarían armando paquetes con el alga ancestral. «Hasta el codo, y del grueso de mi puño son las medidas», así Celestino enseñaba a su hija la tradición. Cuando Marcelina supo que no vendería cochayuyo en carreta, triste y rabiosamente lloró. Celestino conocía lo arduo del viaje entre Piedra Alta y Temuco. También sabía la distancia entre su mundo tranquilo y esencial y el otro acelerado y consumista.

SIGISFREDO SANDOVAL, 41 años, Temuco.

Caballito cantor

«¿Quieres escuchar una historia de tu mamá?» «¡Ya, tata!» «Algunas veces nos íbamos caminando a la escuela, cerca de Hualpín. En el paradero el Budi, a tu mamá la esperaba un caballito, que le decía: "¡Súbete, sujétate de mis orejas!", y seguíamos caminando y cantando. El caballito saludaba a los vecinos que encontraba por el camino, era educado, parecía profesor rural. Tu mamá iba feliz y no se cansaba, pero el caballito llegaba agotado a casa y con las orejas así de largas, parecía burrito. Tu abuelita lo invitaba a pasar y le preparara unas ricas onces.»

RÉGULO SANHUEZA, 73 años, Pitrufquén.

La oveja

Había una vez una oveja muy regodiona. No le gustaba comer avena ni trigo. Algunas veces pasaban días que no comía. Eso preocupaba mucho a la señora Rosa, quien era la que la cuidaba. Un día llegó un señor y le dijo: «Su oveja es un bebé, solo toma leche». La señora se sorprendió al ver una cría al lado de su oveja. Junto al señor se puso a reír: su oveja no era regodiona, solo cuidaba a su cría.

ALEX GANGA, 10 años, Freire.

La quinta

Los abuelos están orgullosos de su quinta de cerezos, manzanos, duraznos, peras, membrillos. Toda la familia goza de los frutos sabrosos, y para que no los extrañen, con mucha prolijidad la abuela limpia la fruta, la pela, la pica y con azúcar en una olla la pone a hervir. Los frascos de vidrios llenados son con mermelada; de ese modo regalan a sus amados nietos trocitos de sol en pleno invierno.

JUANA CARO, 69 años, Villarrica.

La últimas cartas

Mi abuela me contó de dos mujeres, de otros años, de otra época; se llamaban Küñenray y Saquin, y se amaban, aunque fuera un secreto y jamás lo revelaran, por el miedo al rechazo de su comunidad. Saquin vestía de hombre. Por unos años resultó, hasta que las descubrieron y se alejaron. Siendo ancianas, una tarde, se sentaron bajo un gran pehuén y se entregaron las muchas cartas de amor que se habían escrito durante toda la vida. Planearon volverse a ver al día siguiente, pero ninguna de las dos llegó. El árbol entendió que la vida no es eterna.

AYELÉN HUAIQUILAO, 13 años, Lautaro.

Digüeñes de oro

Tomé la micro para ir a hacer trámites. Cuando llegué tuve suerte porque no había fila para entrar. Al salir había una señora a la que siempre compraba digüeñes, le pregunté: «¿A cuánto está el kilo?». «A diez mil pesos», me dijo. Yo la quedé mirando y le dije: «¿Que son digüeñes de oro?», ella se rio y se los compré igual. Tenía muchas ganas de comer digüeñes. Llegué a la casa, los revisé, los lavé, los piqué finito, añadí sal, limón y cilantro picado, los revolví bien y cuando los probé, pensé: «valieron la pena estos digüeñes de oro».

MARJORIE IBAR, 33 años, Temuco.

El anhelo de un perro

Noche y día vaga por las calles buscando alimento en basureros. Suspira y sus ojos se ven nostálgicos; sí, incluso los ojos de un perro pueden reflejar nostalgia. Lo mejor de su vida es cuando lo acarician los desconocidos en la calle, porque siente algo en su pecho de perro que lo llena más que la comida podrida con que se alimenta. Algunas personas lo espantan, temiendo de su aspecto tiñoso. Cunco es frío, y en invierno lo es más. Esta noche el perro está hambriento y congelado, sus ojos se están cerrando. Quizás en otra vida pueda sentir calor.

DANIEL MARIPAN, 18 años, Cunco.

Llegando a Cholchol

El hombre viene corriendo con un niño en los brazos desde el lugar que se llama Santa Rosa, mientras su esposa hace gestos para que el bus se detenga. Le pedimos al chofer que lo haga. Cuando se bajan hacia el consultorio siento una opresión en el pecho que me hace ir más rápido al trabajo, mientras el pueblo me rodea con su calma imperturbable de días, rubicundo de lluvias y soles.

MARIO VALENZUELA, 67 años, Cholchol.

El camino interior

MENCIÓN HONROSA

Suelo tomar el camino interior, ese que no todos conocen y que ya pocos transitan. Allá en la espesura del bosque que se pierde sin dirección o bajo el manto de polvo milenario que nuestros ancestros pisaron me pierdo en aromas a tierra húmeda y araucarias apellinadas, y mis sentidos se embriagan con la dulce melodía de las aves al pasar fugaces sobre las copas de los árboles. Ese camino que ya no conoce sendero y que tampoco podría volverse uno. Ese camino escojo para caminar a tu lado.

FREDD PADILLA, 33 años, Toltén.

Magia

Era invierno y llovía mucho para jugar afuera. Ella agarró el mate, se sentó junto al fuego. El gato se le acurrucó en el regazo. Nosotros nos acercamos. La abuela comenzó con la historia: «Yo era chica, como de tu edad…», hacía una pausa para dar el primer sorbo al mate y era en ese momento cuando empezaba la magia.

GLORIA CORONADO, 36 años, Padre Las Casas.

Cascadas en casa

Era un día complicado. Para mayor intensidad, llovía un montón y yo tenía una serie de cascadas dentro de mi casa –suena mejor de lo que es–. De pronto escucho que alguien toca la puerta, y veo un rostro amable. «Desgracia compartida es menos pesada, he traído piñones y ninguna solución.» Y el día fue menos complicado.

MARIAKARLA CORONA, 32 años, Temuco.

Cinco sentidos

Si algún día pierdo alguno de mis sentidos, permíteme atesorar mis recuerdos. Así podré saber que estuve aquí y añorar el olor a humedad de los árboles nativos, el aroma a trigo tostado, la fragancia de la menta y el boldo en mi jardín. Concédeme recordar el sabor de la murta en mermelada y de los digüeñes a finales de agosto, el sonido de los cristales de lluvia que humedecen el pasto y sacuden mi techo, el atardecer en el mar que me envuelve con sus cambiantes colores. Y la nieve del volcán Llaima que se derrite entre mis dedos.

MARÍA BUSTOS, 24 años, Padre Las Casas.

El nuevo invierno

Mientras los incrédulos ponen en tela de juicio el cambio climático, la nieve se encuentra en peligro de extinción.

PAMELA VALDEBENITO, 34 años, Lonquimay.

Martín pescador

A orillas de la laguna Malalcahuello, entre frondosos arbustos y árboles nativos, el pequeño David se hizo amigo de un joven Martín. Sin decirse una sola palabra, jugaron a enseñarse sus mejores trucos. David, de pelo corto, cejas espesas y ojos dormilones, le enseñó el arte de observar en silencio; y Martín, de chaqueta azul, pecho naranja y collar blanco, le enseñó a pescar desde la rama de un coigüe.

LUIS MELO, 25 años, Freire.

El viaje

Yo era un niño de Santiago y me vine al campo en la Araucanía. El campo me despeja las entrañas de mi cuerpo, con aire puro de los montes y lagos, además está poblado de animalillos. En mi campo hay árboles sin parar y madrigueras sin fin. En mi campo me siento purificado, me siento feliz.

MANUEL ÓLIVER, 11 años, Villarrica.

Kopün

«Tan bellos los copihues, lástima que no tengan fragancia. Yayita, ¿sabrás por qué?» «Dicen que hace siglos su aroma era embriagante y que los conquistadores quisieron llevárselos para fascinar a sus reyes, pero a medida que derrotaban a los indios, los copihues iban perdiendo su encantador perfume. La última flor que aún conservaba la enigmática esencia quedó inodora cuando empalaron al indio Caupolicán. ¿Quieres que te diga un secreto?» «Sí, Yayita.» «Cuando no puedas dormir toma una agüita de copihue y pon la cabeza donde van los pies: kopün. Dormirás profundamente.» «¿Y si no duermo?» «Dormirás, nena, dormirás.»

JASON MALDONADO, 48 años, Pucón.

Colibrí

Un delicado colibrí entró en casa. Con su frenético aleteo se estrellaba penosamente contra los vidrios de la ventana. Tomé un colgador de ropa para orientarlo hacia el exterior, pero huía desesperado, como un pequeño espadachín acorralado. Entonces comencé a hablarle suavemente: «Quiero ayudarte, chiquitín». De repente, agotado y como si me hubiese entendido, se subió voluntariamente al colgador que sostenía y me dejó llevarlo afuera. El aire frío de invierno entró en sus plumitas tornasoladas. Alzó nuevamente el vuelo y, suspendido en el aire frente a mí, me miró por unos segundos y se alejó por fin en libertad.

JESSICA INZUNZA, 56 años, Temuco.

Mi abuela y el mate

Eran las cinco de la mañana. Me levanté unos pasitos más atrás de mi abuelita. En silencio me quedé admirando ese hermoso ritual que ella hacía sin falta por las mañanas. Se paraba junto a su querido canelo, rogando con el primer mate del día. Hablaba en mapudungún. Yo no entendía muy bien todo lo que decía, pero sabía que hablaba con Chaw Ngenechen. En lo más profundo de mí, solo dije: me gustaría ser el reflejo de esa mujer.

DANIELA AYENAO, 19 años, Melipeuco.

Mi pandemia

Desde que empezó la pandemia cambió la vida. Un día vimos una noticia sobre un virus muy lejano que rápidamente llegó a Chile. Lo primero fue dejar de ir al colegio. A mí no me gusta porque extraño a mis compañeros y no puedo jugar. Lo bueno es que puedo estar con mi familia y mascotas, además no me aburro ni tengo que levantarme temprano. Se acerca mi cumpleaños, eso me pone feliz, pero no quiero crecer. A pesar de todo esto, igual me gustaría volver al colegio, que la vida fuera como antes y no usar mascarilla.

AMANDA ARRIAZA, 8 años, Temuco.

Muerte de Ester

Empujó la débil puerta, tratando de no botar nada en la oscuridad del cuartucho. Buscó fósforos y allegó lumbre tiritona a la vela. Era una luz firme que despegó las sombras, dejando ver el pálido amarillo de los calendarios y papeles pegados a las tablas de la casucha. Se acercó al jergón. La palidez de la niebla estaba en los huesos sobresalientes de las manos de Ester dejadas al azar, sueltas como un colgajo humano, cuando la noche descendió lentamente en los punteros del reloj y del silencio.

MIGUEL ÁNGEL ROA, 80 años, Angol.

Paradero

Una tenue luz blanca iluminaba el techo color verde oscuro de un simple paradero de micros ubicado en la calle Olimpia de Temuco. Lo adornaba un cielo cubierto de la prematura noche de invierno, sin estrellas. Solo se veía el rastro de las humeantes chimeneas. Mochila al hombro, repleta de libros. Entre ese infinito abecedario, una hoja, solo con figuras, titulada «Nocturne n. 2. Chopin», acompañada de un estuche negro, aterciopelado, que escondía una brillante flauta. Luego de esa desgastante rutina, volvería al hogar con el gozo de poder traducir y deletrear esa magnífica melodía.

SOFÍA MONTECINOS, 16 años, Temuco.

El volcán

La tierra se movió rápidamente de un segundo para el otro, las aves comenzaron a huir despavoridas y a graznar sin cesar, los animales bramaban y corrían de un lado para el otro. Por el lado de las montañas se podía ver lo que sucedía: el imponente volcán comenzaba su nuevo ciclo de ira. Cenizas y piroclasto salían de él, en forma de brillantes luces como luciérnagas en lo más alto del cielo. Sin previo aviso despertó, para comenzar un nuevo ciclo.

KATHERINE BLANCO, 24 años, Freire.

Paseo diario

MEJOR RELATO DEL FUTURO

La ciclovía de calle Pablo Neruda se convirtió en el lugar más estudiado del país. Debido a una anomalía espacio-temporal sin precedentes, era posible visualizar cualquier día del pasado del sector a través de gafas especialmente desarrolladas para ello. Innumerables científicos de todas las áreas e historiadores acudieron a investigar las etapas del desarrollo geológico, biológico y sociocultural de la región. Aurora vivió y trabajó toda su vida como científica en el lugar, sin embargo, los verdaderos motivos de estar ahí solo ella los conocía: rememorar los paseos que dio en su niñez con su amado perrito salchicha.

IGNACIO URRUTIA, 33 años, Temuco.

Objetos preciosos

Constanza se sentó en el escritorio de su nuevo departamento. Abrió su morral y ordenó encima sus reliquias: herencias de su güeli. Primero una cadenita de perlas que la abuela se ponía para cuando iba a sus cumpleaños y momentos importantes. Una flor de chilko que una vez le mandó a plastificar al kiosco de Bulnes y que usaba de marcapáginas para su Biblia. Una bufanda tejida con lana que eligieron en el mercado. Y también unas ramitas de poleo, que compró porque la güeli siempre olía a poleo y porque le enseñó que hacían bien para el empache.

FRANCISCA VALENZUELA, 31 años, Temuco.

Oportunidad

Hay ocasiones en que no es necesario estar plenamente consciente de lo que uno hace, el «modo automático», le llaman algunos. Uno puede ser medianamente funcional estando así, de hecho es un recurso del cerebro para optimizar energía y darse un descanso, pero ¿cómo recuperarías la oportunidad perdida de conocer a la persona que te llevaría a un mejor futuro? Eso le ocurrió a aquel joven que caminaba por la avenida Alemania inmerso en sus pensamientos. Los dos se ignoraron. Ella necesitaba ayuda. Él podía ayudarla. Él necesitaba ayuda. Ella sin dudas lo hubiese salvado. Pero el semáforo cambió.

CLAUDIO AMBIADO, 37 años, Temuco.

Casa de esquina

«Cuando te cases, Matilde, cómprate una casa de esquina», decía la vieja Nana, mientras calentaba sus arrugadas manos en el brasero, «las casas de esquina son más grandes e interesantes, nunca te aburrirás ni te faltará espacio. En las esquinas se besan los novios, se esconden los duendes y se dan mejores los negocios». Matilde creció y tuvo su casa de esquina, en Jarpa con Covadonga, donde instaló su almacén, crió a sus nueve hijos y dicen que un duende le sopló los números ganadores de la Polla Gol. Matilde ya no está, pero sigue erguida su casa de esquina.

ALEJANDRA FUENTES, 52 años, Angol.

El río Quepe

Me encanta sentarme a orillas del río Quepe y observar absorto su incansable viaje hacia el mar. El viento forma pequeñas olas y remolinos con rápidos virajes, ¡pero qué paz se encuentra en los remansos de las orillas! De repente rompe la quietud el graznido de unos patos que viajan erguidos desafiando la corriente, un par de garzas que ponen una nota de elegante blancura en el ambiente, un martín pescador que planea con sus vuelos rasantes y algunos peces traviesos que realizan breves saltos. Ni los sauces de la orilla, con sus llantos contenidos, opacan mi regocijo interior.

LUIS VISCARRA, 72 años, Temuco.

Paseo por el volcán

Era el año 2452. Amelia y su madre estaban paseando por el volcán Villarrica y a lo lejos se veía una linda familia de extraterrestres jugando con la nieve. Al otro lado se veía una pareja de robots armando un muñeco de nieve. Humanos y diferentes seres convivían. El mundo era tan diferente al que había sido una vez.

SAMANTA GUERRERO, 11 años, Villarrica.

El salvador

En 1960 ocurrió un maremoto que destruyó casi la totalidad de lo que hoy se conoce como Toltén Viejo. Las personas que sobrevivieron dicen que muchos treparon los enormes árboles que rodeaban la plaza Angamos. Sesenta y un años más tarde, mirábamos noticias con mi abuelo sobre cómo una tromba marina había arrancado de cuajo aquellos gigantes. «En ese árbol estuve yo», me dijo, mientras observaba por última vez las raíces aserradas de su salvador.

FREDD PADILLA, 33 años, Toltén.

La mariposa Poli

En el parque Isabel Riquelme vive Poli con sus amigas. Son mariposas, les gusta jugar por todo el parque. Ese día no fue la excepción y jugaron a las escondidas. Poli se escondió en una flor grande y nueva, sin pensar que se quedaría atrapada. Estaba muy tranquila, mientras sus amigas la buscaban. Después de largo rato, Poli comenzó a moverse para poder ser encontrada. Una amiga se dio cuenta y fueron a ver qué pasaba en esa flor y la encontraron. Poli estaba asustada y arrepentida de haberse metido a una flor que no conocía.

DOMINIQUE CASTILLO, 9 años, Lautaro.

Al otro lado

Una niña llega con covid al Hospital de Temuco. La enfermera de turno la recibe, le da la mano, toma sus signos vitales y le pone oxígeno. La doctora da orden de hospitalización inmediata. Pasan las horas. La noche es larga. La niña llora; la enfermera no se aleja, intenta calmarla a ella y tranquilizar a los padres. Sudor, cansancio, nuevos pacientes. Amanece. La niña está mejor. La enfermera respira aliviada y se sienta en un escalón. Marca un número. «Aló, mamá, dile que salvé a una niña hoy. Que sea fuerte.» El respirador se escucha, al cortar.

MAGGIDA HERNÁNDEZ, 32 años, Temuco.

El tué tué

Frente a la cocina a leña, en aquellas tardes de copiosa lluvia de invierno en Villarrica, relataba mi abuela muchas historias que eran contadas por oriundos del campo. La que más me marcó fue la del tué tué, fatídico pájaro que se posaba en los techos y que, con su ronco graznido, anunciaba la muerte de alguien de la casa. Un día caí en cama y durante interminables horas temí que el ave se fuera a parar sobre mi techo. Cantaron treiles, bandurrias y choroyes y, a mi parecer, todos me gritaban: ¡tué tué!

RICARDO SEPÚLVEDA, 46 años, Villarrica.

De la mano

Era una tarde particularmente fría, incluso para el invierno. Pasábamos por fuera de la iglesia San Francisco cuando una ráfaga de viento la hizo temblar. «¿No quer' darme la mano?», le dije, «las mías están tibias». Me respondió dándome su palma con una sonrisa tan linda que casi me pierdo. Casi. Perderse es un lujo que no nos podemos permitir. No en Chile, no en Temuco. Aquí no hay espacio para miradas largas ni momentos de película, al menos no para nosotras.

AMAPOLA GUTIÉRREZ, 18 años, Cunco.

De pecas y pasos sobre el Cautín

Pecoso y pequeño, deambulaba por el puente. Lo recorría de sur a norte y de norte a sur, como si el Cautín le llevara la cuenta de sus pisadas pueriles. Su única fortuna era Ximena, su hermana tres años mayor que él y aún así chiquilla. Ya no la tenía, un ebrio con ruedas lo había decidido. Los parchecuritas en los semáforos daban algo, aunque solo para un buen pan con mortadela del sur. Ahora, sin parchecuritas, sin ese abrazo nocturno y su regazo, no continuaría.

ANGELINE CERDA, 62 años, Temuco.

Colibrí, colibrí

Cada mañana podía ver por mi ventana cómo se posaba un colibrí en el chilco añoso. Por ahí revoloteaba harto rato, mirándome cuando entraba a mis clases online. Volvía cada mañana al mismo lugar, se quedaba un rato y después se iba. Creo que el colibrí presumía del lugar que había encontrado, de sus furiosos colores fucsias y rosas, ya que a los pocos días llegaron más colibríes. Luego llegaron gorriones curiosos que se paraban en las ramas. Aún siguen apareciendo más colibríes y pajaritos esperando a que el chilco vuelva a florecer. Llegan, husmean, me miran y se van.

MARÍA BELÉN FUENTES, 11 años, Angol.

Inicio de mañana

6:30. Me levanto, enciendo la estufa y a ducharse. 7:00. Me visto, preparo mi desayuno, enciendo la computadora. Si estoy con suerte, se activará pronto, si no, tendré que volver a intentarlo. 7:30. ¡Funciona! Excelente, ahora dejaré música en el PC, para que no se apague. Trenzaré mi cabello y daré color a mis labios. ¡Debo lucir impecable! 8:00. Estoy lista para mi jornada laboral. Revisaré el correo y responderé lo que haya que responder. Abriré aquellas páginas que he de utilizar. 8:25. Estoy conectada, esperando a mis estudiantes. 8:40. No ha llegado nadie... ¡Rayos, pero si es feriado!

EUGENIA ÁLVAREZ, 57 años, Temuco.

El viejo que no duerme

Cada vez que encuentro un libro nuevo, él ya lo leyó. No sé si me está cuenteando o solo finge saber. El récord Guinness es de un hombre que no durmió en once días, pero el viejo pasó una vez veintiún días con los ojos abiertos. Nunca fue reconocido y no ha querido armar escándalo. El viejo prefiere dormir una hora cada día, escuchar Pink Floyd, leer lo que pase por sus manos y alimentar a sus gallinas de Angol. Estoy seguro que hasta este cuento ya se lo leyó.

ADRIÁN CARVAJAL, 38 años, Victoria.

Colibrí

Solía tener una rutina definida: me levantaba a las seis de la mañana, iba a la universidad, regresaba a mi casa y descansaba. Pero mi parte favorita era en la tarde, entre las seis y ocho, cuando un colibrí pasaba por mi ventana. Me gustaba contemplarlo mientras buscaba polen, y lo saludaba, ya que él también parecía percatarse de mi presencia. Ahora mi rutina ha cambiado, me levanto a las ocho de la mañana, me conecto a mi clase y estudio. Más importante, ya no veo a mi colibrí. Parece que también está en cuarentena.

VALENTINA RODRÍGUEZ, 22 años, Temuco.

Iñirke anta inche

PREMIO AL MEJOR RELATO EN MAPUDUNGÚN

Ka kiñe pewma, pu püllü tani pin inche tañi kuifi kewun mew. Amulenmu tañi küdaw mew, rüf nari tañi luku, itro nengünwelan, pepi witrawelan. Dew küla küyen amulewyi tañi kontupaetew tüfachi kutran, anküy tañi wün, pünay tani fün, tañi foro mew, welu, pewelan ta lawen. Chipawelan ngütantu mew, ka llikalen tañi layal. kiñe ngellipun, kiñe küimi, kiñe wün ngütrumekenew laf mapu mew mangelatew ñi mongeleal. Welu, ¿iñirke anta inche?... kiñe kultrung ni dungun chi, kam rewe, kam wada, kiñe kuchillo chi, kam tunten kashkawilla chi.

ARELI ULLOA, 40 años, Temuco.

¿Quién soy?

Otro sueño, voces del espíritu en mi lengua ancestral. Camino a la oficina, mis rodillas se doblan, estoy tullido, no me puedo levantar. Ya van tres meses desde que esta enfermedad se alojó en mí. Mi boca está seca, mi carne está pegada a mis huesos y no hay remedio para mí. Ya no salgo de la cama y tengo miedo de morir. Una oración, un trance, una voz que me llama desde la tierra para invitarme a vivir. Pero, ¿quién soy?... Un sonido de cultrún, un rehue, un puñal, una wada y unas cuantas cascahuillas.

La invasión de los gigantes

Este año las bandurrias nos visitaron nuevamente, pero huyeron aterradas de los gigantes en el momento en que el peuco caía abatido por uno de ellos. Me hizo recordar al Quijote en su lucha injustamente desigual. Entonces entendí por qué las codornices corrían tan rápido sin emprender el vuelo y las perdices anidaban lejos de ellos. Las gallinas, sin embargo, solo sabían algo por los rumores de las tencas. Yo algo había escuchado del terror que rondaba por los colibríes que llegaron a mi ventana. Finalmente, ¿qué saben los pájaros de la energía limpia que nos brinda un campo eólico?

MARÍA ISABEL COLOMA, 49 años, Collipulli.

Latencia

Decían matar en nombre de Dios y de la Corona. Llevaban una cruz en el pecho que enarbolaban triunfantes ante toda matanza. Todavía no conocían a Lautaro.

CARLOS ÁLVAREZ, 40 años, Temuco.

El atardecer

El viejo marino se levantó de la mecedora, dejó su pipa sobre la mesa y con ayuda de un bastón se acercó lentamente a la ventana. Le gustaba contemplar la puesta de sol antes de irse a dormir. «Lo que comienza en la cordillera termina en la mar», murmuró. Era justo como él, criado en Lonquimay y retirado en Puerto Saavedra. Mientras el astro rey se hundía en aguas profundas, el cielo se cubría de tonos anaranjados. Así de bello era el atardecer de un día, el atardecer de una vida. El viejo no pudo evitar esbozar una sonrisa.

FABIÁN IGLESIAS, 25 años, Temuco.

Mari mari peñi

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Empecé un viaje muy esperado, alegre voy hacia Victoria. Siento en mi nariz el olor a pasto y tierra mojada; en la cocina, la leche de vaca cocida y tortilla de rescoldo calentita para el desayuno. Voy llegando a Temuco. Mi lamién trajo las avellanas tostadas que tanto me gustan. Son dos horas más para llegar, dormiré para tener energía. Pienso en mi caballo Chispita, que me espera para salir a ver los vacunos. Cuando despierto estamos en el terminal y mi tío nos espera. Al bajar del bus me dice el saludo que más me gusta: «Mari mari peñi».

FRANCO MILA, 9 años, Loncoche.

Hábitos

Una universidad estimó que se requieren sesenta y seis días para adquirir un nuevo hábito que cambie nuestra rutina. Nosotros descubrimos que para cambiar la normalidad solo se requiere una pandemia.

ALEX RETAMAL, 25 años, Temuco.

La llegada del puelche

Era un día en el que llovía y el puelche del lago viajaba por la ciudad, sacudía las casas, haciéndolas crujir y temblar, se llevaba los paraguas de las personas que salían a caminar. Los árboles bailaban y a los pájaros les costaba volar. Como era otoño las hojas caían para luego volver a brotar. Mi abuelita siempre me decía: «El puelche es travieso como un niño cuando se pone a jugar, pero también es sabio como un anciano que te puede aconsejar».

YIHARA SALAZAR, 18 años, Villarrica.

Historias verdaderas

Estas historias son ciertas, porque nos las contaron los hermanos Araya, viejos sabios que conocían la verdad. Había un perro que tocaba la guitarra y sabía contar; hubo un león muy manso que se dejó acariciar; tenían un caballo que se cortó la cabeza y que al pegársela le quedó al revés y solo tomaba agua cuando llovía; también hubo un tren que con sus yokos tuvieron que frenar. Todas estas cosas son ciertas, porque se las contaron a la luz de las velas a unos chiquillos del campo por allá por Cherquenco hace como cuarenta años.

LILIANA LEIVA, 53 años, Vilcún.

Los problemas

En la Novena las penas se pasan en la casa de la abuela los fines de semana, pero la pandemia miserable no lo ha hecho posible desde aquel año. Y así, me invade el recuerdo. Los problemas del trabajo y el estudio parecían descansar cuando se freían las sopaipas con pebre y el cañón de la estufa a leña quemaba todos los agobios acumulados de la semana de esta frenética vida. Y una que es sentimental añora todo, pues, más encima a unas semanas de que llegue el invierno a nuestras latitudes, pareciera que la lluvia quisiera provocarnos el llanto.

ANTONIA PEZO, 19 años, Temuco.

Los treiles que avisan y cuidan

Era un día de mucha lluvia, y yo solo me entretenía mirando a través de la ventana, cuando de repente sentí el canto de un pájaro muy ruidoso. Era un pájaro que se llama treile. Cuando cantan los treiles significa que anda gente desconocida, son como guardianes. Ese día cantaban mucho porque vieron un peuco que estaba acechando a mis pollitos bebés, y el treile sabe espantar al peuco. A este peuco solo le quedó volar y volar.

MARÍA FERNANDA MORALES, 11 años, Temuco.

Luz verde

Te reconocí enseguida, a quince metros. Tu mirar despreocupado, tu cabello castaño y lacio. Parecías mirarme. Por alguna extraña razón no me reconocías. El semáforo eternizado en rojo confabulaba en mi contra. Desesperado, cada célula mía quería extenderse, alcanzarte con urgencia, mientras el tráfico seguía frenético, delirante. Luz verde, al fin. La gente comenzó a atropellarnos, haciéndonos avanzar en sincronía, como una danza; cazador y presa, imaginé. Diez metros... cinco... uno... pasaste por mi lado sin notarme. Volteé la cara, con desazón; recién ahí comprendí, avergonzado, que no eras tú.

HÉCTOR SANHUEZA, 36 años, Purén.

El mandado

Temuco, años sesenta. Aquí vengo, pilgua en mano a hacer las compras, como todos los sábados, a la feria Pinto. Con mis doce añitos me manejo bastante bien realizando este mandado. Ya cumplida la misión, debo regresar. De improviso, escucho la voz de un charlatán que dice: «Señoras y señores, yo no vengo a vender, vengo a regalar... Más atrás los niñitos, no se vaya nadie... ¡Ya vamos a sacar la culebra!». Han pasado las horas y... nada. Ahora solo esperar la merecida reprimenda cuando llegue a casa, a las cuatro de la tarde, con las verduras para el almuerzo.

JUAN JARA, 68 años, Angol.

Majen

Quien reconoce el canto del treile sabe cuándo llora el cielo.

MARÍA JOSÉ FONSECA, 37 años, Temuco.

Censo

PREMIO AL TALENTO MAYOR

La pregunta fue: «¿Se considera perteneciente a algún pueblo indígena u originario?». Ella, adolescente, respondió sin vacilar: «No». Esa noche tuvo un mal sueño. Desde el país azul, una anciana que dijo ser su bisabuela le reprochó: «No puedes ser quien no eres». Inquieta, en la mañana, por su padre supo que esa bisabuela se llamaba Ailin. Más tarde, por internet supo que, en mapudungún, Ailin significa cristalina, transparente.

JOSÉ LUIS SÁIZ, 67 años, Temuco.

El camino que cayó al mar

Subí al Budibús que daba la vuelta larga porque no quería llegar a mi casa. En este recorrido íbamos al Boca Budi y pasábamos por el camino que está al borde del mar. Sonaba «Volver a los diecisiete» y yo disfrutaba al máximo. Nunca volveré a tener diecisiete y en unos años más esta canción me hará sentido, pensaba, tratando de olvidar que nos acercábamos. Mi corazón latía rápido, cerré los ojos e imaginé que la micro caía al mar. Ahora el camino desapareció, no tengo diecisiete y la canción sigue siendo mi favorita.

ELBA LLANCALEO, 26 años, Puerto Saavedra.

El chanchito de tierra en la ducha

Me estaba bañando como cualquier día normal cuando de repente vi un bichito que subía la pared de la ducha. Yo pensé que era una cucaracha, así que me asusté y le dije a mi yeya. Ella tampoco sabía qué era, así que igual se asustó y le echó agua. El pobrecito se ahogó. Luego nos dimos cuenta de que era un chanchito de tierra, entonces nos dio mucha penita porque pensamos que el chanchito podía tener familia, amigos y su novia chanchita; tal vez incluso hasta tenía un hijito o hijita, o nieto o nieta.

JOSEFA FERNÁNDEZ, 11 años, Pucón.

Un solo segundo

Vi mis manos llenas de un líquido color rojo, parecía sangre, me vi en un espejo y me odié con todas mis fuerzas. Tantos meses de esfuerzo, tantos desvelos, ¿para que terminara así? ¿Qué les diré a mi familia y amigos que lo querían conocer?, les dije que en su momento se los presentaría. La culpa me atormenta. Lloro, lloro de impotencia al mirar la escena del crimen. Cómo no me di cuenta y pasé a llevar ese tarro de pintura roja sobre el cuadro de tela, el cual llevo trabajando mucho tiempo para el Museo Regional de la Araucanía.

DANIELA AULADELL, 21 años, Temuco.

Rukapillan

Llovía a cántaros y estaba muy frío, era un invierno de esos a la antigua. Comenzó como un rugido tenue y profundo, pero a nadie le llamó mayormente la atención, pues hacía tiempo que nuevos sonidos se habían incorporado al entorno, ganándole terreno al puelche y las aves. Podía ser la nueva carretera o alguna de las muchas máquinas trabajando en algún nuevo edificio. El día estaba tan cerrado y oscuro que no se veía nada más allá de los árboles. Hasta que rugió el Rukapillan: despertó, furioso como nunca, y en pocas horas todo alrededor durmió. Paz, al fin.

LEONARDO ROJAS, 39 años, Villarrica.

CMPC
Y FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 9 de septiembre de 2022
en www.araucaniaen100palabras.cl

PRESENTAN

cmpc

FUNDACIÓN PLAGIO

MEDIA PARTNERS

TVN

biobiochile.cl

La oPiñón

EL AUSTRAL
EL DIARIO DE LA ARAUCANÍA

COLABORA

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

PROYECTO ACOGIDO
LEY DE DONACIONES CULTURALES